

REVISTA CLIO

OCTUBRE DE 1934

Publicación bimestral del Centro de Estudiantes de
Historia y Geografía del Instituto Pedagógico

Ausentismo

El ausentismo divide a la personalidad del campesino, a ese ser que es uno con la tierra, con la cascada, con el pehuén mecido por el viento, en dos entes, en dos cosmos; el sabor de la tierra, el ánimo que queda prendida en las zarzas de la puebla, y el cuerpo, las carnes que vagan sin un orden totalitario por las calles de las ciudades, por un mundo incomprendido, pleno de sensaciones que se resbalan en su ser, sin añadirse nada, sino muy por el contrario lo hacen sentirse solo, muy solo, con un cuerpo como risco perdido en el desierto, ante dos caminos, el perderse en la nada, en la masa confusa de la ciudad, en la negación de sí mismo, o volver a su mundo en busca de su espíritu, de su vida que sepultó.

América también ha dividido el cosmos totalitario de su vida: su espíritu que ha quedado engarzado en la obscuridad de la negación, del renunciamiento, y sus carnes perdidas en el mundo multicolor europeo viviendo con un espíritu desconocido, con un destino que marcha a la deriva, sin sentido de pueblo y por lo tanto, sin esperanzas propias, sino que en los ideales, en los programas del espíritu caduco del viejo mundo, que ha tomado por su propio espíritu y que no engarza, por lo tanto, con su alma nueva que pugna por realizarse de acuerdo con el sentido de su propio ser. Marchamos insatisfechos, penando en un mundo desconocido, hartos del cascabeleo multicolor europeo. Entre los dos caminos que nos está señalado, el ser y la nada, preferimos el orden totalitario de nuestra propia personalidad, porque sentimos sed de la vertiente de nuestra propia tierra, el hambre de mirar en la noche infinita de nuestro destino, sin perplejidad, sin cobardía, sin desidia, como lo han hecho las generaciones pasadas, las juventudes que en el snobismo de su romanticismo sólo han mirado la luna de las personalidades de otros mundos... y en ellos se quedaron.

Censuramos a esta actitud infantil, contradictoria y vergonzosa: Sintieron el complejo de la totalidad de los problemas, pero por desidia no fueron ni han querido encontrar su solución en lo profundo de su enmaderamiento, de las causas de su desarrollo, sino que su incapacidad los hizo ir en búsqueda de fórmulas extrañas, correspondientes a problemas de otros mundos, de otras realidades. Su simpleza los ha llevado a creer en la fórmula del charlatán—que sirve de solución a todos los males,—y por ende a lo absurdo de tener de antemano la solución de problemas desconocidos, cuando lo razonable es saber el mal y en seguida ver cómo poderlo resolver. Según estos señores sólo

nos bastaría tener estas fórmulas extranjerizantes para que todos las incógnitas sean resueltas por añadidura. ¡Qué simpleza! Y si no lo creen así, entonces, por qué no destierran sus recetarios y se lanzan con valentía y responsabilidad al conocimiento de nuestros dolores que son inmensos. No hacerlo así, es demostrar cobardía, inconsciencia u orgullo fatuo, por no reconocer sus debilidades. Nuestra realidad es negra, inmensamente oscura; sus problemas son múltiples, desde aquellos inherentes a la educación hasta los económicos, los sociales, etc. Pero nada se ha hecho. Seguimos pensando, y nuestro ser lleno de dolores y de males, no lo conocemos, sentimos el dolor sordo por todo el cuerpo de nuestra nación, pero no somos capaces de auscultarnos, llegar al conocimiento preciso de lo que tenemos, debido al imperialismo ideológico que nos ahoga, y que por eso tal vez sea más nefasto que el económico. Reavivemos nuestro espíritu para que nos dé fuerzas para la solución de nuestros males. Vamos en su búsqueda, porque ya sentimos el hielo del ausentismo, echamos de menos la compañía de nuestro propio espíritu, prendido en las zarzas de nuestra tierruca, queremos unir nuestra carne y nuestro cuerpo, queremos ser alguien, porque no somos pueblo, no somos nada.

Hace cuatro siglos, un hombre descubrió este continente, alguien nos dió a conocer al mundo, alguien nos lanzó a la luz y en ella hemos quedado cegados, incomprendidos, sin realizarnos, con nuestra alma perdida, nosotros queremos descubrirnos y construir allí nuestras esperanzas. Queremos resucitar a la vida, decir al universo: Se ha descubierto un nuevo mundo inmensamente rico ¡Oh, humanidad, alegraos con la nueva era que se abre a vuestros ojos!

Lancémosnos con valentía al mar incommensurable de nuestros destinos con las galeras de nuestra voluntad y el verbo en el alma al «Redescubrimiento de la América», de la nueva luz.